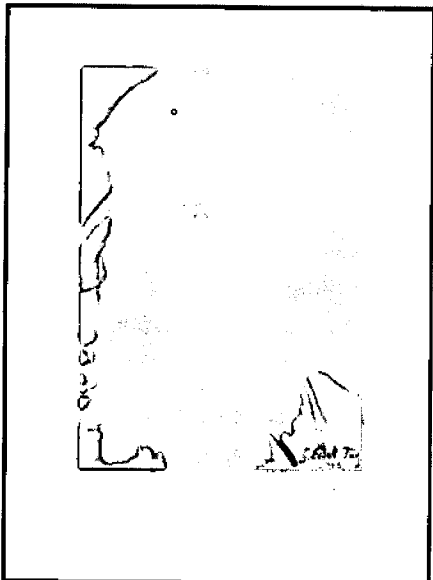


# GUSTAVO H. MACHADO



## Machado Hernández, Gustavo H.

Caracas, 27.4.1897 - Caracas, 14.1.1968.

Médico pediatra, fundador del hospital de niños José Manuel de los Ríos. Hijo de Alfredo Machado y de Antonia Hernández. Se graduó en la Universidad Central de Venezuela (1920), perfeccionando sus estudios de Pediatría en París. Al regresar a Caracas se incorporó al hospital Vargas, como Jefe de Servicio (1925-1930) y trabajó luego en el hospital de niños de la Cruz Roja Venezolana (1930-1933). Fundó el hospital municipal de niños José Manuel de los Ríos en 1936, siendo su primer director. En 1938 presidió el Primer Congreso Venezolano de Pediatría, en el cual sentó las bases del Consejo Venezolano del Niño, institución a la cual definió y moldeó como su presidente desde 1938 a 1950. En 1951, cuando Eugenio Mendoza creó la Fundación que lleva su nombre, Gustavo H. Machado, fue designado Vicepresidente permanente de la institución. (s.c.)

(Fundación Polar: Diccionario de Historia de Venezuela. Caracas 1988)

José A. Lazcano

Hace 28 años, esta revista reproducía la mancheta de un diario capitalino: "Ayer murió Gustavo H. Machado: están de duelo los niños venezolanos". "Los humildes y los necesitados —continuaba SIC— difícilmente podrán olvidar su extraordinaria bondad, caballerosidad y altura humana. Su recia personalidad queda fuertemente dibujada en una frase suya que sintetiza el trágico destino de miles de nuestros jóvenes: 'hay que impedir que los niños que salvamos de la gastroenteritis vayan después a El Dorado'... Su memoria resistirá el paso de las generaciones".

Hoy nos complace actualizar esta memoria —y de una manera privilegiada— invitados, en voz baja y confidente, por su hija Yolanda. Agradecemos estos recuerdos, añejados en la ternura y el pudor de la intimidad familiar y de unos poco amigos. Con ellos se nos presenta todavía más consistente la figura del eminente pediatra, fundador del Hospital de Niños José Manuel de los Ríos y del Consejo Venezolano del Niño.

Admiramos en él, al igual que Yolanda Machado, "ese ojo clínico ... que le permitió hurgar y descubrir las causas primigenias de nuestras patologías en las estructuras y procesos sociales de una sociedad 'mal formada'; descubrir también la 'cadena epidemiológica' de la llamada delincuencia juvenil, a través de los eslabones que configuran un proceso educativo defectuoso y a veces inexistente, vinculado a una situación de abandono, vinculada a una familia mal configurada con frecuencia miserable e ignorante, inscrita en un estrato social policarente. ...Es decir, que su ojo clínico no se agotó en el diagnóstico de la anatomía lesionada, ni de las funciones fisiológicas alteradas, ni siquiera en la psicología y las relaciones psico-somáticas de los problemas de la niñez, sino que comprendió la sociogénesis de los mismos porque tuvo una visión integral de ellos" (pp.106-107).

## LA MISTICA POR LA SALUD Y POR EL PAIS

Pero, además, Gustavo H. Machado nos lleva a una notable generación de

médicos que, inspirados en otra generación igualmente notable —Luis Razetti, José Gregorio Hernández, Francisco Antonio Rísquez, Rafael Rangel, y muchos otros—, asumió responsablemente los retos de la Venezuela del 36. Los nombres de Enrique Tejera, Martín Vegas, José Ignacio Baldó, Pastor Oropeza, Leopoldo García Maldonado, Pedro González Rincones, Luis Gregorio Chacón Itriago, Espíritu Santo Mendoza, Lya Imber de Coronil y muchos más —por supuesto, junto con Gustavo H. Machado— honran el panteón de nuestra historia no menos que los próceres de nuestra Independencia.

En un editorial de hace nueve años (Julio-Agosto 1987) hacíamos un reconocimiento "a ese puñado de médicos, nutricionistas, sanitaristas que no sólo se dedicaron con ahínco a curar enfermos sino que detectaron los focos de morbilidad y sus agentes, sanearon los ambientes hasta acabar con las enfermedades endémicas, atendieron a los niños y enseñaron a hacerlo a las madres, inculcaron hábitos, idearon vacunas y establecieron no sólo una red primaria de prevención y atención sino sobre todo una verdadera mística en todos sus colaboradores, desde los fumigadores rurales y los que atendían los puestos de salud hasta los que con pocos medios científicos y monetarios investigaban y administraban esta cruzada civil".

La burguesía venezolana, negociando con la vanidad de los caudillos triunfadores o apropiándose del Estado petrolero, tiene buena parte de la responsabilidad del despojo del país que lamentamos en estos tiempos de crisis. Pero también hay que hacer justicia a esta generación de hombres, hijos de la burguesía, que asumieron la globalidad del país desde su especificidad profesional. Ellos, tal vez más que el petróleo y los partidos —como repetimos en nuestros tópicos—, fueron los verdaderos creadores del Estado moderno en Venezuela. Y lo fueron porque pensaron y sintieron como verdadera sociedad civil que asumió lo público como una gran tarea histórica. ¿Habrá que se-

guir pensando que las necesidades crean los órganos y lo tiempos producen los hombres?

Hoy la sociedad se nos ha vuelto mucho más compleja. Pero también los recursos son más abundantes, sobre todo los recursos humanos y profesionales (y, en no poca medida, gracias a hombres y mujeres como éstos que hoy recordamos). Es cierto que lo público no resulta estimulante, con lo cual se lo dejamos a los piratas de la política. El "reajuste" necesario no se puede reducir a lo económico, a las recetas del FMI. Las nuevas necesidades ¿producirán los nuevos hombres? Desde luego, no se trata de una ley mecánica. Pero sí percibimos que es una coyuntura histórica propicia. La asunción de lo global desde la especificidad profesional es tal vez el reto histórico de nuestro tiempo.

## LA DEUDA Y EL RETO DE LA IGLESIA

Al recordar a Gustavo H. Machado y su generación de profesionales de la salud que honran a Venezuela, no podemos dejar de hacer algunas consideraciones sobre la Iglesia. Sabemos que el Dr. Machado era muy respetuoso de la religión, admiraba la figura histórica de Jesús de Nazaret y mantuvo cordiales relaciones

con algunos sacerdotes. Pero tanto él como este grupo de médicos se sentían muy ajenos a la Iglesia. Eran una buena expresión del positivismo venezolano.

Por otra parte, la institución eclesiástica estaba muy lejos de poder valorar justamente a estos hombres, por razones históricas comprensibles: su "teología de la restauración", nacida en un siglo XIX que marginó —cuando no persiguió— a la Iglesia, estaba obsesionada por la ortodoxia doctrinal de la que ella se sentía depositaria. Consideraba fácilmente como "impíos" a todos aquellos que no aceptarían incondicionalmente "la verdad" que ella proclamaba. Más aún, los más peligrosos eran aquellos que, "sin sentir correctamente de cuestiones religiosas" podrían resultar más seductores por su "urbanidad —hoy diríamos espíritu cívico—, progreso, ciencia, humanidad, beneficencia o filosofía", porque "al bueno sólo se le engaña bajo la especie del bien" (véase en el recuadro la cita del I Concilio Plenario del Episcopado Latinoamericano).

¡Qué distinta suena la teología del Concilio Vaticano II! En ese espíritu, el editorial antes citado de SIC reconocía: "Quienes motorizaron todo este proceso de liberación fueron un grupo de profesionales, **burgueses y sanos**, que sin



embargo se compadecieron del **pueblo enfermo** y, como Jesús de Nazaret, consagraron su vida a enseñarlos y curar sus dolencias. La compasión los llevó a hacerse cargo de su salud, a cargar con sus enfermedades para quitarlas. No fueron superhombres, pero, a pesar de las insuficiencias y contradicciones que pudieron tener en su vida privada, vivieron para los demás. Unos se habrán confesado cristianos, algunos tal vez no, pero todos han vivido, como aquél, para que la gente popular 'tengan vida y vida en abundancia'. No sabemos que nuestra institución eclesiástica los haya propuesto como modelos. Pero ¿quién más que ellos ha sido en estos años en Venezuela seguidor de Jesús de Nazaret?". Además de llevarlos al panteón de nuestra historia, ¿los tendremos que poner en el santoral laico de nuestra Iglesia?

Pero mejor reconocimiento que el de los panteones y santorales es el de continuación de sus esfuerzos. Y, como Iglesia, indudablemente uno de los esfuerzos más generosos que se está haciendo es el de la salud: además del ingente trabajo hospitalario, prácticamente, siempre que hay presencia popular de la Iglesia —y es mucha la que hay— hay algún dispensario, con el trabajo callado de tantas religiosas, de hombres y mujeres de nuestro pueblo, de profesionales que han optado por ese trabajo o dedican al menos buena parte de su tiempo voluntario o mal pagado. El día que haya una mejor coordinación de estos esfuerzos —y hay proyectos al respecto— tendremos una "Fe y Alegría de la Salud" —el nombre es lo de menos— tan significativa como como la que tenemos en la educación popular. □

José A. Lazcano es miembro del Centro Gumilla.

## LA IGLESIA EN TIEMPOS DE DESENCUENTRO

### CONTRA LOS "ERRORES Y FALACIAS DE LOS IMPIOS"

"Sentimos horror y un amarguísimo dolor cuando pensamos en todos los monstruosos horrores y todas las insidias, maquinaciones y habilidades para hacer el mal con los cuales estos odiadores de la verdad y de la luz, expertísimos artifices del fraude, maquinan extinguir todo intento de piedad, justicia y honestidad, corromper las costumbres, perturbar los derechos divinos y humanos, arrancar de raíz la religión católica y la convivencia civil y, más aún, si fuera posible, derribar todo desde los cimientos.

Para evitar tantos y tan grandes peligros, huyan los fieles de toda especie de error, como de una peste pernicioso. Y, como, según el dicho de San Bernardo, 'al bueno sólo se le engaña con la apariencia del bien', en modo alguno escuchen los fieles, más aún, rechacen con fortaleza de espíritu las falacias de aquellos que perversamente, bajo el nombre de la urbanidad, el progreso, la ciencia, la humanidad, la beneficencia o la filosofía y con simuladas razones de caridad y amistad, arrastran poco a poco a los incautos a los lazos de la perdición. Teman más los razonamientos capciosos de aquellos que, sin sentir correctamente de cuestiones religiosas, quieren aparecer como buenos cristianos en algunas solemnidades del culto católico".

(Acta et Decreta Concilii Plenarii Americae Latinae. Tipografía Vaticana, Roma, 1906. Nos. 97-98, pp. 53-54)